

# LOLO

## Una anécdota para contar

### un corazón y un alma sanos

"Yo ponía mi cuerpo y Lolo su corazón y su alma, que eran lo único que tenía sanos". Lo asegura Alejandro Valderas, un estudiante que en las vacaciones de verano de los años sesenta hacía las veces de secretario de su amigo Manuel Lozano Garrido, más conocido como "Lolo", el protagonista de nuestra anécdota de hoy. "Lolo", periodista y escritor, inválido y ciego, cristiano ejemplar y modelo de superación ante la enfermedad, es desde el pasado 12 de junio beato de la Iglesia católica. Ese día, el cardenal Amato le elevó a los altares en su Linares natal ante más de 18.000 personas.

Lolo nació en 1920 y falleció en 1971. Veintinueve de los 51 años que vivió los pasó inválido. Los nueve últimos, además, estuvo ciego. La enfermedad le llegó en la flor de la vida, con 22 años, y en apenas doce meses le dejó completamente parálítico. Ese joven de la Acción Católica alegre e inquieto que era Lolo hasta entonces se quedó postrado en una silla de ruedas para siempre.

"Mi profesión: inválido", solía decir a quienes se acercaban a visitarle. No era cierto, pues la enfermedad nunca logró doblegarle. Con el tiempo se hizo periodista y escritor. Su cuerpo ciertamente no respondía, pero la cabeza funcionaba a la perfección. Fundó la revista *Sinaí*, para enfermos. Y comenzó a escribir para el *Ya*, las revistas *Telva* y *Vida Nueva*, y la agencia *Prensa Asociada*. Más tarde llegarían los libros: más de una docena en total, entre diarios (*Dios habla todos los días*, *Las golondrinas nunca*

*saben la hora*, *Las estrellas se ven de noche*), novelas (*El árbol desnudo*), reflexiones (*Bienvenido Amor*, *Cartas con la señal de la Cruz*), poemas (*Surtidos del alma*), cuentos (*Cuentos en la sostenido*) etc.

Gracias a su fe, Lolo se convirtió —pese a la enfermedad y al dolor— en la personificación de la superación y de la alegría. Cuando perdió el movimiento de la mano derecha, aprendió a escribir con la izquierda; y cuando ésta también se vio afectada por la parálisis y ya no podía poner sus reflexiones en un papel, comenzó a dictarlas a los amigos que, como Alejandro Valderas, acudían a verle, o a grabarlas en un magnetofón, para que se las transcribieran más tarde.

"Trabajaba todo el día con su cabeza", recuerda Alejandro. "La mayoría de sus artículos y libros los gestó en sus largas noches de insomnio y dolor. Cuando el sueño reparador no llegaba, aprovechaba el tiempo elaborando tramos enteros de sus escritos. (...) Había mañanas que, nada más llegar, me dictaba de un tirón casi una cuartilla. Cuando esto ocurría, comprendía que la noche había sido mala".

Pese a ello, nunca le oyó quejarse. "Muy rara vez hablaba de él y de sus enfermedades, siempre eludía con discreción y una sonrisa las preguntas que sobre ello le dirigíamos. Por el contrario, se interesaba vivamente por los demás, sus vidas y dificultades", rememora. "Nunca se quejaba", corrobora Lucy Lozano, de 86 años, uno de los seis hermanos que tuvo Lolo, quien considera su subida a los altares "el regalo más grande que Dios me ha hecho". "Lo que más me gusta —añade— es que le llamen el santo de la alegría".

Santo de la alegría frente al dolor; de la superación frente a la adversidad; y

de la generosidad frente al egoísmo. Un futuro santo que decía llamarse "Hombre" y apellidarse "Libre, Amante e Inmortal"; que aseguraba que su profesión era "la generosidad"; y que su residencia provisional era "la tierra... de paso hacia la eternidad". Este fue Lolo: la alegría perenne en un amasijo de huesos doloridos. O como dice su amigo: un corazón y un alma sanos. **Sg**

JOSE IGNACIO RIVARES

